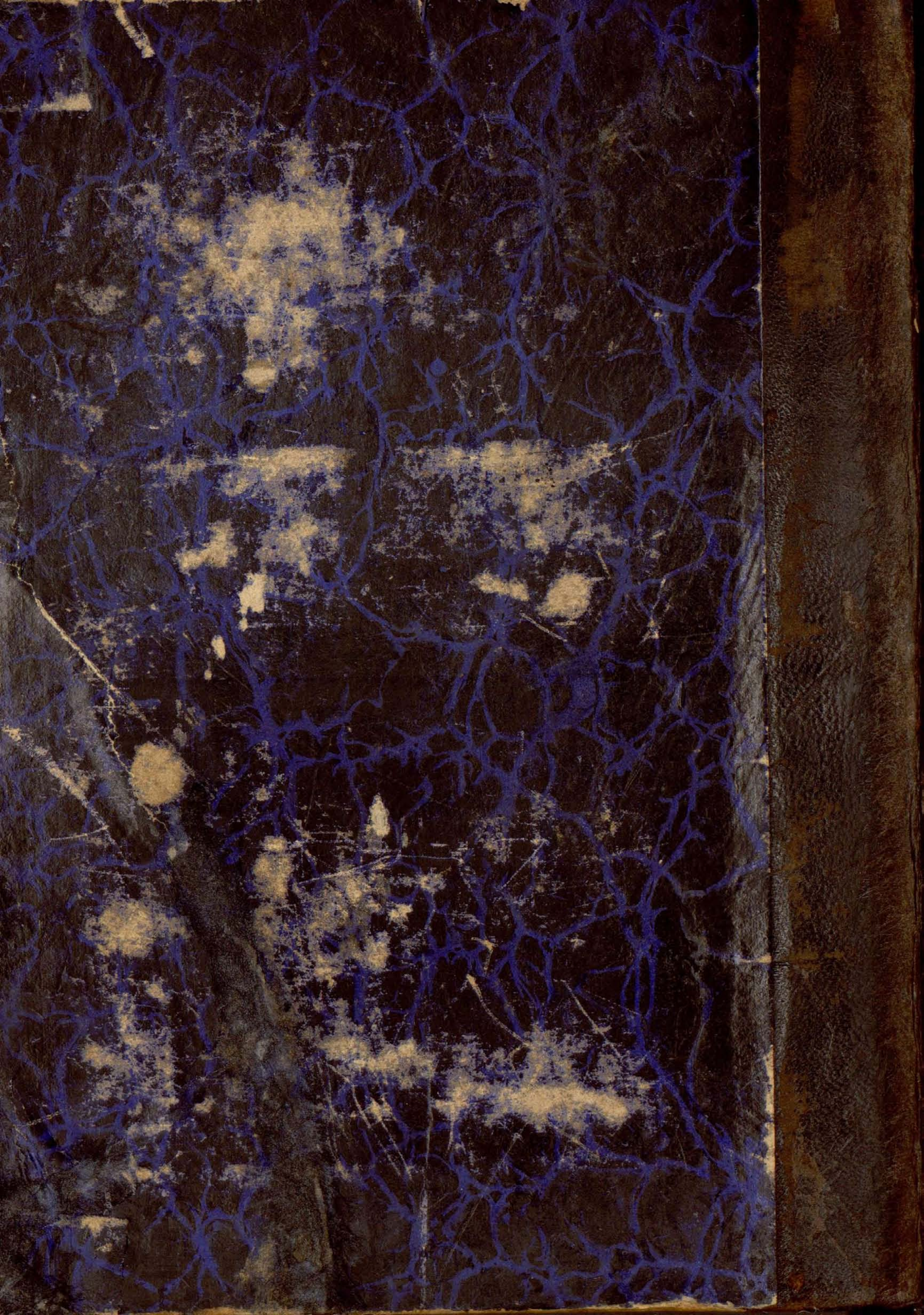


NALAS
DE LA FORTUNA

2





5/11/12

229
XXI

197

A-3369/2

R
181051

EN ALAS
DE LA FORTUNA

ó

A MEDIAS CON EL DIABLO

NOVELA HISTÓRICA

ESCRITA POR

DON JULIÁN CASTELLANOS Y VELASCO



TOMO

SEGUNDO

CASA EDITORIAL

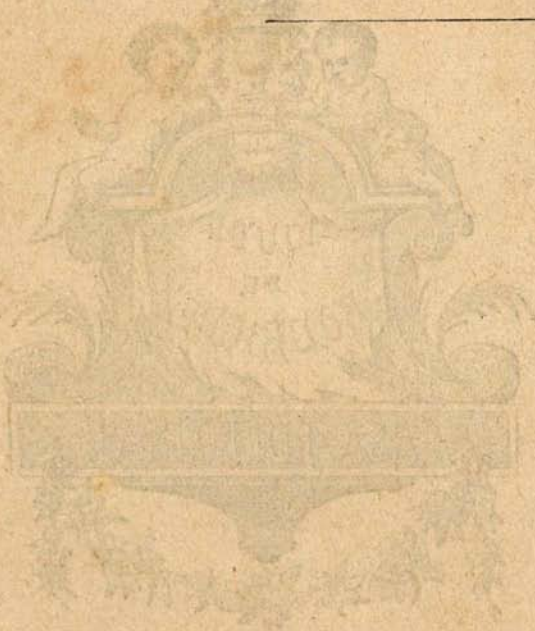
ADMINISTRACIÓN:
PLAZUELA DEL BIOMBO, NÚM. 2, MADRID
1887

EN ALAS

A MEDIAS CON EL DIABLO

NOVIEMBRE 1910

Derechos reservados.—Queda
hecho el depósito que marca la
ley.





CAPITULO PRIMERO

Recuerdos tristes.



quí terminó la relacion que hizo Estrañi á la condesa en aquella tarde en que tan oportunamente llegó para salvar su vida de uno de los arrebatos de su esposo.

—Por lo que acabáis de oír,—dijo al terminar,—habréis podido comprender que yo he sufrido tanto como vos, mucho más, puesto que os suponía ingrata, cuando no os había dado motivo para ello.

—Seguramente: hay que convenir en que la fatalidad nos ha tratado de una manera cruel.

—¡Oh! ¡Si hubierais hablado cuando debíais, señora, tal vez se hubieran evitado muchos males!

—¡Y tal vez se hubieran concitado otros! ¿Creéis que no me ocurrió? Pero yo os conocía, y me abstuve. ¿Qué hubiera pasado entonces? Al ver vos, Roberto, que yo era una víctima del cariño paternal, aun sin conocer que el conde era indigno de mí, hubierais tratado de luchar contra lo imposible.

—¡Y quién sabe si hubiera vencido!

—¡Ah!... no; el rey protegía á mi esposo; ya sabéis por qué.

Y Josefina bajó la vista avergonzada.

—¡No me habléis del rey, Josefina!

—Sin embargo, después ha sido bueno para conmigo.

—Debía haber empezado á serlo antes.

—¡Es cierto!...; por eso os decía que la fatalidad...

—Nos ha hecho sus víctimas sin merecerlo.

—Vos habéis ganado, y por ello me felicito.

—¿Qué decís, Josefina?

—A mi lado hubierais permanecido oscuro; precisamente vuestro engrandecimiento data desde el punto en que os separasteis de mí.

—¿Y creéis que yo no lo hubiera sacrificado todo á la dicha de no separarme de vos? Me juzgáis feliz, porque me veis elevado, privando casi con los reyes, teniendo un título honorífico de médico de cámara del emperador de Austria, conservando la amistad de ese pobre príncipe Uladimiro y de su esposa Federica, tan indigna, tan villanamente despojados del reino de Polonia, que constituía su herencia...

Pues bien: ya habéis visto lo que sufro en medio de mi elevación.

Vos, ¿no os habéis elevado también? Sin embargo, sufrís...; sí, sufrís, sin que nadie lo adivine.

Lo repito, Josefina: todas mis grandezas, y aun más, hubiera sacrificado al placer de...; pero, dispensadme; me olvidaba de que no he venido aquí para hablaros este lenguaje..., que ya no puede mediar entre vos y yo.

Josefina, como si no hubiese parado mientes en esta delicada observación, repuso:

—Sin embargo, veo que no habéis hecho lo posible por aminorar vuestras penas.

—¿Cómo?

—Uniéndoos á otra mujer, creándoos una familia á quien dedicar vuestro merecido engrandecimiento.

—¡Ah Josefina! ¿Acaso es permitido al corazón amar más de una vez?...

—¡Y que luégo debíais rêcelar que la segunda mujer que eligieseis se pareciese á la primera!

—Entonces, sólo entonces, y por esa circunstancia, me hubiera determinado á casarme.

—¡Por parecerse á mí, que he sido indigna de vos... y de mi marido!

—¡Callad, Josefina!... Vos sois una santa...; una de esas mujeres que salen del regazo maternal para sufrir...; mil veces más santa que esas que viven retiradas del mundo, entregándose á una oración estéril en el fondo de un claustro.

Traicionada desde el primer momento por el hombre que os rebajó al pie del altar, cuando prometió ensalzaros, ¿quién hubiera hecho después lo que habéis hecho? ¿Quién más que vos hubiera dado margen á que la corte de Madrid, lo mismo que la de Nápoles, os hubiera tenido por modelo de esposas?

—¿Y mis hijos? ¿Queríais que les hubiera dado una triste enseñanza que aprender? ¿Queríais que algún día hubiesen adivinado qué clase de hombre es su padre?

—El ha recibido lo que merecía; pero á vos..., ¿quién os enaltece?

—Mi conciencia y vuestra estimación: ¿os parece poco?

—¡Es verdad!

—Pero decís que él... ¿Qué opináis como médico de mi marido?

—Que está en ese límite en que la ciencia sólo confía en la voluntad de Dios como único remedio..., y Dios debe negarse á los deseos de la ciencia.

—Pero ¿es que vos, más que doctor, sois hombre vengativo, y no aplicáis al enfermo toda la ciencia de que disponéis?

Y Josefina, al hacer esta pregunta, clavó en Estraña una mirada profunda, en la que había cierto aire de reconvención.

—¡Cualquiera diría que pedís por un ser amado, Josefina! —dijo el doctor con extrañeza.

—Mi obligación es pedir por él: si el conde no ha

sido honrado esposo, tanto peor; eso no me autoriza á imitarle.

—Pues sabed que en esta ocasión yo me encuentro en igual caso que vos.

Para asistirle, habéis llamado al doctor, y no á Roberto Estrañi; este último le hubiera aniquilado, ayudando á la dolencia, sin responsabilidad, sin más razón que su odio; el doctor ha jurado no desamparar á sus enfermos, y aunque me cuesta gran trabajo, cumplo mi juramento.

—Dispensad que haya dudado de vuestra lealtad.

Y la condesa tendió una mano á Estrañi, que la besó, diciendo:

—Esta acción ni os ofende á vos, ni á vuestro esposo.

—Ya lo sé.

—Seguiré viendo en él á uno de mis enfermos, y no al conde Massi. Pero, lo repito, señora, más que en mi ciencia, debemos confiar en la misericordia de Dios.

—¡A Él dirijo continuamente mis preces, pidiéndole que os dé acierto!

—La escena de esta tarde me hace confiar; el conde recobra la memoria, puesto que me ha reconocido, y éste es un buen síntoma.

—¡Ah! ¡Dios nos ayude á todos!

—Pero...

—¿Qué?

—Me ocurre una idea... que no acierto á expresar.

Y, en efecto, Estrañi vacilaba, como si no encontrase palabras para sus conceptos.

—¿Qué inconveniente tenéis en hablar con claridad?

—Si logramos, como espero, la curación del conde, ¿qué es lo que va á pasar después?

—¿Con quién?

—Con vos: él recordará que ha estado loco, y tal vez os lo atribuya.

—Es muy posible que así suceda.

—Antes de estarlo ha querido mataros.

—¡Dios hará que mude de idea!

—¿Y si no cambia?

—Entonces... me matará.

Y la actitud de Josefina al terminar esta frase fué la de una santa que acepta el martirio.

Estrañi no pudo menos de asir su mano y volver á besársela.

En aquel momento, Adelina, que acababa de despedirse de Juan de Zúñiga, entró en la estancia, ignorante de la terrible escena que acababa de pasar con el loco.

Pero había oído las últimas palabras de la condesa: así es que casi sin saludar á Estrañi preguntó con interés:

—¿Qué es, ó quién, el que va á mataros?

La condesa, recobrándose, se apresuró á contestar:

—El dolor de ver sufrir á tu padre, si antes no se cura.

De vez en cuando llegaba alguna palabra suelta á su oído, que tenía el privilegio de hacerle sonreír maliciosamente.

No debía él ser de todo punto ajeno á la cuestión que las ocupaba, porque de vez en cuando alguna de aquéllas volvía la cabeza, y lanzaba una mirada que parecía un dardo, á la que contestaba aquél con su eterna sonrisa y haciendo un saludo mortificante.

Esto lo reparó Estrañi á la primera ojeada que tendió por el salón.

Era buen cortesano.

Haciendo lo que podemos llamar sus primeras armas en Varsovia, se había adiestrado en Nápoles y Madrid.

Desde luégomotó que algo ocurría, aunque no de gravedad para el Estado, puesto que la reina y el rey estaban tranquilos.

La actitud del conde de la Estrella no pudo menos de llamarle la atención.

—¡Está regocijado!—dijo.—¡Algo maquina!

El conde no gozaba en la corte de muchas simpatías; creemos haberlo dicho ya.

Su desafío con Juan de Zúñiga á consecuencia de la escena que tuvo lugar en el baile de la duquesa de Medinaceli, acabó de enajenárselas, aun cuando llevó en él la peor parte.

Todos se lo dieron por bien empleado, sabiendo que había sido el causante.

Después se supo su inicua conducta para con el

joven, disponiéndole una cobarde emboscada en el camino del Pardo.

Estrañi tuvo buen cuidado en revelar el nombre del autor, lo cual fué causa de que al conde se le mirase de mala manera, siendo tolerada su presencia en la corte por su esposa, que seguía obteniendo el aprecio de los reyes.

La resolución de ir á hacer una visita á su tía la canonesa dejó complacidos á todos, empezando por la condesa.

A lo menos podían contar con que durante un mes ó dos la dejaría libre de su presencia.

Pero sucedió todo lo contrario.

Contra lo que se creían, volvió pronto, y más terrible é iracundo de lo que se había ido.

Vomitaba rayos y centellas contra el joven Zúñiga.

¿Por qué?

¿Acaso por su reciente ascenso á ayudante del ministro de la Guerra?

Por esto y por otra cosa.

No tardó en saberse la verdad.

El robo de la vajilla que acababa de comprar en París por la Capitana y sus gentes, fué celebrado en la corte por espacio de ocho días.

En él jugaba el conde un papel tan triste como odioso.

La denuncia que hizo al ministro de la Guerra, en la cual trató de mezclar á Zúñiga con los ladrones, causó profunda indignación.

Nadie la creyó.

Pero la conducta de aquél, cuando, viniendo preso, se batió por conservar unos caudales de que otro era responsable, conduciéndolos él, según testimonio de la sobrina del ministro, desvaneció las dudas que podían haberse formado.

A esto respondía su ascenso.

El ministro de la Guerra hizo justicia, dando un solemne mentís al conde, y confirmando el buen crédito de que gozaba el oficial.

Desde entonces se manifestó más y más la antipatía que despertara el conde.

Las damas le hicieron blanco de las más delicadas y finas sátiras, llovieron sobre él los sarcasmos, y era preciso estar dotado de una gran longanimidad para seguir frecuentando la corte, como el conde lo hizo.

El oficial triunfaba en toda la línea, lo cual hizo exclamar al vencido:

—Bien está; yo tomaré la revancha; afortunadamente puedo hacerlo.

Por eso dijo Estrañi aquella noche, al fijarse en él:
—Está regocijado. ¡Algo maquina!

Al ver que la reina estaba entretenida en sabrosa plática, al parecer, con dos de sus damas, se contentó

con hacer una profunda inclinación de cabeza, no queriendo importunarla.

Pero María Amalia le llamó.

Estrañi besó su mano, y esperó á ser interrogado, aunque en aquellas reuniones íntimas se prescindía de la etiqueta.

Enterada la reina de que estaba encargado de la existencia del conde de Massi, se enteró del estado del enfermo: después le dijo:

—Ahora os entrego á mis damas, que no sé qué tienen que ver con vos.

—¿Conmigo? —exclamó, volviéndose al grupo de las seis, entre las que estaba la condesa de la Estrella. —¿Acaso han enfermado todas? Pues su semblante lo niega.

Al apercibirse las damas, por estas palabras, exclamaron todas á una:

—Venid, venid, doctor...

—¡Puesto que la reina lo permite! —repuso la de más edad, mirando á María Amalia.

Esta hizo una seña con la cabeza.

Entonces dijo una de ellas:

—Doctor, no se trata de nuestra salud, ni queremos al médico para nada, por mucho que le apreciamos.

—Entonces me retiro.

Y Estrañi retrocedió un paso.

—Buscamos al diablo.

—Pues me quedo,—contestó aquél, avanzando el paso que acababa de retroceder.

—Se trata de impetrar vuestro poder.

—A la verdad que todo esto tiene traza de conspiración diabólica: ¿á quién tengo que defender?

—A vuestro protegido el oficial don Juan de Zúñiga.

—Me parece que por ahora no necesita de mi protección, estando bajo la del ministro de la Guerra, que vale más que la mía.

—Pues ahora es cuando más la necesita.

—¿Qué nueva calaverada ha hecho?

—Ninguna.

—Pues no comprendo...

—Se le acusa de una cosa que, á ser cierta, le enaltece más que le deprime.

—Y ¿qué es ello?

—Ya sabéis que su tío don Pablo Olavide, viniendo de los baños, equivocó el camino de su convento, tomando el de Francia.

—En efecto, ha llegado á mi noticia esa especie..., y me choca que el tal don Pablo, que sabe tantas cosas, esté tan atrasado en geografía.

—Pues bien: han dado en decir que su sobrino Juan de Zúñiga, yendo á su destierro de San Sebastián, se encontró en el camino á un fraile franciscano, y le dejó en un sendero que llevaba derecho á Francia.

—¡Acción meritoria sin duda, si el religioso estaba expuesto á perderse!

—Es que alguno asegura que aquel buen franciscano era don Pablo Olavide: así se ha declarado á la Inquisición en una denuncia anónima.

Y al pronunciar una de ellas estas palabras, todas las que componían el grupo volvieron la cabeza hacia el conde.

— Buenas noches, señor conde; perdonad, no os había visto,—dijo Estrañi con cierta maligna expresión.

Todas las damas, menos la condesa, lanzaron una carcajada al oír el oportuno saludo del doctor, y una de ellas exclamó:

—Acabáis de poner la firma á la denuncia presentada al inquisidor.

—¿Luego esa denuncia ha tenido resultado?

—Dicen que esta noche ha sido preso el oficial, por los alguaciles del Santo Oficio, en el camino del Pardo.

—¿En el camino del Pardo!—exclamó Estrañi, ignorando que aquella tarde Zúñiga había estado en la granja de los Tilos.—Habría sido al ir,—pensó;—pero ¿cómo no nos hemos cruzado en el camino?

—Ya veis, —le dijo la dama que hablaba en nombre de todas,—que nunca como ahora necesita de vos.

—Es un asunto muy grave,—contestó Estrañi.—No se os oculta que ese tribunal ha sido creado expresamente para combatir al diablo y sus hechuras.

—¿Pero cuando se trata de un diablo tan bueno, que respeta la religión y la fel...

—No obstante, ese pícaro oficial...

—¿Cómo! ¿Le llamáis pícaro porque ha cometido una acción meritoria, auxiliando á un pariente que es fama había hecho algo por él? ¿Pues había de denunciarle?

— Bastaba con que le dejara escapar sin decir una palabra..., y aun esto, segun la sutil legislación del Santo Oficio, constituye delito. Por lo demás, y ahora os lo aseguro muy formalmente, ese joven se ha metido en mal negocio. Ya sabéis: ¡con la Inquisición, chitón!

— Pero si don Pablo iba decidido á escaparse, con él ó sin él lo hubiera hecho.

— Debía haberse fingido en aquella ocasión mudo, sordo y ciego.

— ¿De modo que no hacéis nada por él?

— ¡Dios me libre!

Estrañi pronunció estas palabras en voz alta y mirando al conde.

Sin duda recelaba que llegara á denunciar sus buenos propósitos.

Después, con una mirada significativa, tranquilizó á las damas.

— ¡No hay cuidado; tenemos al diablo de nuestra parte! — exclamó la condesa de la Estrella en voz baja.

A lo que repuso otra:

— Pues mucho cuidado con que os oiga vuestro marido, porque, de lo contrario, estáis perdida, y no tardaréis en hacer compañía al joven oficial.

Tales eran la confianza y simpatía que el conde alcanzaba en palacio.

En aquel momento se levantó la reina, dando á entender que la tertulia había acabado por aquella noche.

Las damas la acompañaron hasta dejarla en manos de las azafatas.

Después todas se dirigieron hacia la puerta exterior, donde se despidieron, ocupando cada cual su carruaje.

Estrañi, después que todos habían partido, despidió el suyo, dirigiéndose á pie hacia la calle de Segovia, donde vivía el oficial.

Quería tomar informes por el fiel Antonio, á pesar de que, según pensaba, si la detención había sido en el camino del Pardo, aquél nada debía saber, porque la Inquisición no solía dar parte de sus actos á los criados ó dependientes de sus víctimas.

Al llegar á la calle de la Villa, por donde enderezó, pues era el camino más corto, vió parados en la esquina dos hombres embozados en capas negras.

Aquello le dió mala espina.

No eran ladrones, puesto que no se recataban.

Por si acaso, apercibió su acero.

Siempre es bueno que un hombre vaya prevenido por lo que pueda suceder.

En la esquina de la calle de Segovia vió otros dos hombres que también vestían de negro.

—¡Muy favorecido de cuervos está el barrio!—dijo.

Y prosiguió su camino hacia arriba para no inspirar sospechas.

Llegó á la casa del oficial en el momento que Antonio hablaba con uno por la ventana.

También siguió.

Al llegar á la casa del marqués de Bélgida, que formaba uno de los frentes de la irregular plazuela de Puerta Cerrada, se detuvo y observó, ocultando el cuerpo.

Oyó un ligero silbido.

A poco aparecieron los dos hombres que había apostados más abajo, los cuales se detuvieron á una regular distancia.

En seguida se abrió la puerta, saliendo un hombre á la calle, á quien el doctor no conoció, á causa de la sombra y la distancia.

Los que esperaban se echaron sobre él con el ímpetu de una avalancha.

El doctor no percibió más que un grito ahogado.

Las cuatro personas que formaban aquel grupo se perdieron bien pronto entre la sombra, siguiendo la calle abajo.

El doctor exclamó:

—Ahora recuerdo que el Santo Oficio no hace nada á medias; ese infeliz debe ser el criado del oficial. Si hubiera en la casa algún loro, también le hubieran preso para sujetarle al tormento, si no quería hablar... ¡Pero ese miserable conde ha resuelto la perdición de Zúñiga!... Y todo, ¿por qué? Por haberse portado como un caballero, defendiendo á su mujer de sus necios celos

y estúpidas agresiones... Está bien: ahora es cuando debo trabajar más por él, y defenderle con todas mis fuerzas.

Y se alejó, tomando la dirección de su casa, pensando en lo que debería hacer para sacar á su protegido del mal paso en que se hallaba.





CAPITULO III

Un tío, que es juez, y un sobrino, que es reo.



ACÍA ya más de cuatro horas que Juan de Zúñiga ocupaba uno de los calabozos del Santo Oficio.

Su extrañeza era tan grande como su tranquilidad.

Harto sabía por mil ejemplos que aquel tribunal acostumbraba á actuar en causas que no eran de su competencia; pero los militares tenían su fuero especial, no median-do delitos que se relacionaran con la fe.

Y él no recordaba.

¡Ah! Sí.

Tenía por patrono al diablo.

Esta especie había circulado por el regimiento de guardias valonas y por los salones de palacio.

Era público y notorio que él creía en su protección, que tenía una fe ciega en aquel diabólico personaje.

Y esto debía disgustar un tantico á la Inquisición.

Desde aquel momento no se dedicó á investigar otra causa.

Aquello era suficiente para que el tenebroso tribunal le persiguiera.

Lo único que se le ocurrió fué tacharse de lenguaraz.

Debía haber obrado con más sigilo, teniendo oculto aquel pacto.

Pero ya dijimos al principio de este capítulo que su tranquilidad era grande.

Confiaba más que nunca en el diablo, desde el momento en que luchaba con sus enemigos naturales.

No le pasaba otro tanto á Antonio.

Desde el momento en que conoció que estaba en poder del Santo Oficio, empezó á temblar como un azogado.

Nada de extraño tenía: lo mismo pasaba en situaciones idénticas á hombres que disponían de más valor que él, puesto que no tenía ninguno.

Verse en manos de la Inquisición era caso serio, aunque sólo se tratase de una leve sospecha.

El que se rozaba para algo con el tribunal sacaba un rasguño.

Tales son los halagos de la fiera: acariciando hace daño.

Entonces ya se explicó la tardanza de su amo: probablemente habría corrido la misma funesta suerte.

¡Su amo!

Este era el origen de todas sus desdichas, desde que dejó el convento por no abandonarle.

Ya vimos sus penas y tribulaciones cuando durante su ausencia, estuvo preso en el cuartel de guardias, mientras él asistía al baile de la duquesa de Medina-celi.

Pero su amo había prometido volver, y volvió, con lo cual fué puesto en libertad.

Además, aun en el caso de no haber vuelto, no hubieran llegado á fusilarle, toda vez que su estancia allí fué forzosa y muy contra su voluntad.

Pero aquello variaba de especie.

Habían preso al criado después del amo, en prueba de que no se contentaban sólo con éste.

Los dos aparecían envueltos en el mismo delito.

¿En cuál?

Antonio lo sabía de sobra, y en esto había coincidido con su amo.

Se trataba del pacto que éste había hecho con Luzbel, de la protección que el diablo concedía al oficial.

Es cierto que Antonio no había tomado parte en el pacto; pero disfrutaba de sus ventajas.

La Inquisición daba tormento, y quemaba, y ahorcaba por bastante menos.

Su línea de conducta estaba bien clara.

Si él no quería delatar á su amo, debía haber dejado su servicio.

No lo había hecho así: era tan reo como el primero y le esperaban las mismas penas.

Había una cosa capital en la que diferían amo y criado.

El uno estaba tranquilo, confiando en el triunfo; el otro se consideraba hecho un tostón.

Y había una razón para creerlo así.

Aunque ya los castigos de la hoguera no eran muy comunes, gracias al espíritu liberal que se desarrolló con el advenimiento al trono de Carlos III, sin embargo, recordaba haber oído á los ancianos referir con espantosos detalles algunas quemas públicas de brujas y hechiceras que habían formado pacto con el demonio.

Éstos debían ser sus hijos predilectos; y cuando los había dejado quemar, era señal de que no había podido con los dominicos que gobernaban la Inquisición.

De donde podía deducirse que el diablo sólo era fuerte en asuntos civiles; pero en los que se relacionaban con la religión aparecía como un polichinela en las farsas populares.

Como consecuencia de tan diverso modo de pensar, Juan de Zúñiga durmió aquella noche, aunque

mal, pues los calabozos de la Inquisición no ofrecían gran comodidad á sus huéspedes.

Antonio no durmió ni bien ni mal.

Aquél tuvo imágenes agradables que recrearon su sueño.

Éste, aunque sin dormir, *vió* á su lado fantasmas espantosos, aunque estaba á oscuras.

Y es que en aquellos antros se adquiría la facultad de la raza felina, cuyos individuos ven en la oscuridad.

Pero el día siguiente era el destinado para que ambos salieran de dudas, presentándoseles el asunto con toda su pavorosa gravedad.

En las primeras horas de la mañana, Juan de Zúñiga fué conducido á la sala de declaraciones.

Su sorpresa fué grande al ver que el encargado de interrogarle era su propio tío, el prior de los jerónimos.

Esta era una de las sabias crueldades del Santo Oficio.

Cuando había algún familiar pariente del reo, mucho más si era religioso, se le encargaba la causa.

De este modo se veía si el primero flaqueaba ó no en el cumplimiento de su deber.

Aquel era el crisol donde la Inquisición aquilataba á sus seides.

En aquel caso, la elección del prior estaba motivada y justificada de sobra.

Ya se sabía que fray Bernardo era hombre intran-
sigente en materias que se rozasen con la religión y
la fe.

Dispuesto á que permanecieran incólumes y en su
prístino esplendor, era hombre capaz de defender el
dogma á sangre y fuego contra sus parientes más
próximos.

Se le había visto asistir, como *aficionado*, al au-
tillo que se celebró en la causa de su primo Olavide.

Y tratándose del mismo asunto, nada tenía de par-
ticular que se le hubiese nombrado para ser juez en
la causa de su sobrino.

Juan de Zúñiga iba á pagar por el fugado.

La Inquisición había puesto el pandero en buenas
manos, como vulgarmente se dice.

Hagamos justicia á Zúñiga: su primer impulso, al
ver á su tío, fué de alegría.

Creyó que aquello era señal de la benevolencia con
que pensaba tratarle el Santo Oficio.

Y eso que el buen jerónimo había tratado de dar á
su rostro la ferocidad que requería el papel que iba á
desempeñar.

Pero desde los primeros momentos debía saber
Zúñiga á qué atenerse.

—¡Mi buen tío! — exclamó. — ¡Tanto tiempo sin ver-
nos! Veo que os conserváis perfectamente, lo cual me
regocija en extremo...

Pero el *buen tío* le interrumpió, diciéndole con la voz bronca de su pasado delante del facistol:

—No se trata de recordar ahora los lazos de la sangre que nos unen; yo los detesto, los rompo..., no quiero tener nada de común con un hombre que protege á los enemigos de la fe.

Aquello empezaba ya á estar en griego para el joven.

¿A qué enemigos de la fe había prestado su protección?

Aparte de esto, las palabras del jerónimo le disgustaron, concluyendo por enfriar la satisfacción con que volvía á verle.

Sin embargo, como para marcar la diferencia que había entre ambos, contestó con dignidad y respeto:

—Si os pesan esos lazos hasta el punto de quererlos romper, lo siento por vos; yo, aunque otra cosa creáis, estoy muy orgulloso con ellos.

Aquella bondad de sentimientos, aquella dura lección que el tío recibía en pleno tribunal, tuvo este *ex-abrupto* por respuesta:

— ¡Silencio! Vos hablaréis cuando os interroguen.

El joven hizo el ademán de cruzarse de brazos, pero no pudo, porque llevaba atadas las muñecas.

Había olvidado esta injuria hecha á un oficial de los ejércitos del rey.

Lanzó un suspiro, y esperó.

Entonces el prior tomó la palabra en estos términos:



—¿Cómo os llamáis?

Juan estuvo á pique de soltar la carcajada; conoció que era una fórmula jurídica.

Pero le pareció altamente ridículo que un tío que había vivido algún tiempo con su sobrino, le preguntase su nombre.

Severidades de la ley, para indicar que entre el juez y el acusado no debe haber relación ni conocimiento.

Contestó á lo que se le preguntaba, diciendo la edad, el empleo y el domicilio.

Después el jerónimo prosiguió:

—¿Sabéis de lo que se os acusa?

—Lo ignoro,—contestó el joven,—y presumo que esto debe ser alguna mala inteligencia, pues tengo la seguridad de no haber cometido ningún delito.

—Esa seguridad puede ser falsa.

—No; es verdadera.

Y el mancebo acentuó estas palabras con energía.

—Quiero decir que podéis abrigar esa convicción, y no ser cierta.

—Permitid: tengo edad suficiente para saber lo que es delito y lo que no lo es.

—Aquí no habéis venido á seguir una tesis de moral.

—Yo hago objeciones á lo que se me dice.

Hasta entonces había más lógica en el sobrino, siendo militar, que en el tío, siendo fraile.

—Pues se os acusa,—prosiguió el jerónimo,—de

haber ayudado en su fuga al converso Pablo Olavide.

Por la misma razón que el prior no llamaba sobriño al joven, ponía la palabra *converso* en vez de la de *primo*.

Zúñiga quedó absorto.

Ya hemos dicho que creía su acusación basada en una cosa distinta.

Además, aquello no constituía delito más que para los inquisidores.

Pero puesto que se lo imputaban como tal, resolvió negarlo, creyendo que así se salvaba más pronto.

No habían de preguntárselo á su tío, ni éste lo confesaría si llegaba ese caso.

—No sé lo que queréis decir,—contestó encogiéndose de hombros.—No he vuelto á ver á *mi tío, don Pablo Olavide*,—y recalcó estas palabras, como honrándose con ellas,—desde el día en que se celebró aquel *autillo* en que tan pequeño me pareció el tribunal de la fe.

—Absteneos de calificar los actos del Santo Oficio.

—No los califico: hablo del efecto que me produce alguno de ellos.

—Es inútil que neguéis, puesto que ya se conoce la verdad.

—Pues si se conoce, ¿para qué se me interroga?

Por esto comprenderá el lector que el jerónimo hacía un juez muy mediano, y que el reo hubiera podido reemplazarle con ventaja.

—Para esclarecer algunos detalles del hecho,—contestó.

—Todo hecho que no existe carece de detalles:

—Se os ha visto en territorio de Navarra en compañía de un religioso franciscano, á quien dejasteis en el camino de Francia.

—Eso es otra cosa, y no lo niego,—contestó el joven, conociendo que era necesario conceder algo.—Aquel religioso, cuya procedencia y destino ignoraba, porque me pareció una descortesía preguntárselo, iba extraviado; yo le acompañé algunas jornadas, hasta donde me fué posible, indicándole el camino que debía seguir.

—Está probado hasta la evidencia que aquel hombre, que cometió la sacrílega superchería de disfrazarse con un hábito religioso, era el converso Olavide.

—Más superchería ha cometido el que afirmó tal cosa, pues de ser mi tío, yo le hubiera conocido.

—Pudisteis conocerle, y negar ahora.

—Ciertamente, pero no le conocí: no era él.

—Joven, mirad bien lo que afirmáis ó negáis...

—La verdad. Pero ¿no suponéis también que pudo suceder otra cosa que me eximiría de la responsabilidad que queréis echar sobre mí?

—¿Cuál?

—Que fuese realmente mi tío: claro está que si se ocupaba en su fuga, había de tratar de disfrazarla á mis ojos, para evitar una indiscreción: un prisionero que huye, es más cauto que todo eso; y no digo ya á un

sobrino que ignora la gravedad del acto que realiza, á su mismo padre, siendo letrado, le reservaría lo que pudiera tornarse en perjuicio suyo. Pero, lo repito, no era mi tío: así es que la suposición huelga.

—Los que han hecho la denuncia le conocen perfectamente, y lo afirman.

—Entonces debíais empezar por prenderlos á ellos, y no á mí, puesto que cometieron la torpeza de dejarle escapar, para venir ahora con la burla de denunciarle y denunciarme.

—¡Diablo de muchacho! —exclamó el prior en voz baja. —Pues sabe más de lo que se le enseñaba en el monasterio cuando era novicio.

El escribano iba apuntando las preguntas y las respuestas, para que no quedase duda de la estupidez del juez y de la perspicacia del acusado.

Pero el prior preparaba el golpe de gracia; y para ver bien el efecto que producía, dijo, hablando muy pausadamente:

—Es inútil que heguéis: vuestro criado, que iba en vuestra compañía, lo ha confesado todo.

El joven, que conocía esta táctica, peculiar á todos los tribunales, que emplean la mentira para sacar la verdad, salió al quite, diciendo:

—Pues vuelvo á repetir que creo una... redundancia el que se me interrogue, ni aun para esclarecer los detalles, que mi criado habrá dado sin duda. Si lo ha hecho así, tanto peor para su conciencia. Mi criado sólo conocía á mi tío por haberle visto dos ó tres ve-

ces, y es probable que viéndole con un disfraz que desfigura tanto, como es el religioso, no diese en quién era. Además, es necedad el suponer que yo diera á un servidor detalles que pudieran comprometer la libertad de quien huía. Es inútil que perdáis el tiempo en interrogarme.

— ¿Negáis?

— He declarado lo que sé.

— No he pronunciado hasta ahora la palabra «tormento».

— Os advierto que no me asusta, y no sé cuándo se convencerá el Santo Oficio de que ése es un mal medio para obtener lo que desea. Ponedme en el potro, si gustáis; la fuerza del dolor me hará decir en él que aquel religioso era mi tío, ó Barbarroja, ó el Preste Juan de las Indias, pero no porque sea verdad. ¿Queréis que afirme una mentira? Para eso no es necesario el tormento.

Fray Bernardo comprendió que su sobrino no declarararía más, insistiendo en su negativa.

Había hablado del tormento, no como una bravata; estaba resuelto á emplear ese medio.

Pero antes quería usar de otro, sabiendo que Antonio estaba preso.

En su consecuencia, mandó retirar al joven, bajando él mismo al calabozo que ocupaba el criado.

Zúñiga se estremeció ante la idea de que Antonio hubiese confesado la verdad.

Pero confiaba en su astucia, y sobre todo en su miedo.

A un criado no se le entera de ciertos pormenores.

Su defensa estaba, sin negar que aquél pudiera ser Olavide, en decir que no le había conocido con semejante disfraz.





CAPITULO IV

El tormento, la horca y el fuego eterno.



NIEN ajeno estaba Antonio de la sorpresa que se le preparaba.

A la sazón se ocupaba en rezar.

Era una costumbre adquirida en las grandes calamidades, pero que caía en desuso cuando éstas cesaban de afligirle.

Después no se acordaba de Dios ni de sus santos.

Al oír que se abría la puerta de su calabozo, se puso en pie, pensando en el tormento.

Pero cuando entre la semiclaridad que allí reinaba descubrió el hábito de un fraile, empezó á temblar de veras.

Sin duda el tribunal, convencido de su culpabilidad, pasaba por alto toda clase de interrogatorios, y le enviaba á aquel fraile para que pensara en la salvación de su alma, decidiendo ahorcarle ó llevarle al quemadero.

También fray Bernardo tuvo que acostumbrarse á aquella oscuridad.

Al cabo de algunos segundos oyó una exclamación de sorpresa.

Era Antonio, que habiéndole reconocido exclamaba:

—¡Fray Bernardo! ¡Vos aquí!... ¡Padre sapientísimo y santísimo!...

Y el pobre mozo se detuvo, no encontrando otro aumentativo digno de aquel jerónimo que le había dado de comer algunos meses.

El prior varió de táctica, dejándose reconocer y reconociendo al reo.

Es verdad que allí no iba como juez ni aun como religioso, sino como espía.

Esta circunstancia hizo que Antonio recibiese un alegrón.

¿Qué podía hacer allí el *buen jerónimo*, más que ocuparse de la salvación de su sobrino y de la suya?

El prior, antes de atacar, quiso introducirse en su ánimo de una manera suave y delicada, sorprenderle, para posesionarse de él por completo.

Y como su papel era el de espía, empezó mintiendo.

—Sí, mi buen Antonio, —dijo. —¿No me esperabas sin duda?

—Confieso que ni aun pensaba en vuestra reverencia.

—Pero ¿cómo es posible que faltase yo de aquí, sabiendo el peligro que corríais?

Y figurándosele que la palabra era algo fuerte, quiso enmendarla, diciendo:

—Es decir, peligro no...; la incomodidad de pasar aquí algunos días.

Ante aquella seguridad, Antonio respiró fuerte.

—¿Conque no corremos ningún peligro? —preguntó.

—No, gracias á haber interpuesto yo mi influencia.

—¡Ah señor!

Y el pobre Antonio, lleno de fe religiosa y de agradecimiento, besó las manos de aquel trapacero, que trataba de hacer creer que todos los días bajaba á ellas el Hijo de Dios.

El prior, empezando su plan de ataque, dijo con cierta familiaridad cordial:

—Yo no podía olvidar que se trataba de un sobrino y de un leal servidor... sin embargo...

—¿Sin embargo de qué?

—¡De haberme dado muy mal pago ambos á dos, picaruelo!

—*Mea culpa!* —exclamó Antonio, dándose golpes en el pecho, y creyendo que en los oídos de un fraile no sonaría mal un poco de latín.

—¿Tan mal trato recibíais allí?

Antonio suspiró acordándose del refectorio.

—¡Especialmente tú! —dijo el fraile, dándole un golpecito amistoso en la mejilla, que indicaba benevolencia.—¡Tú eres un diablillo!... ¡Cuántas veces vino á mí el lego encargado de la despensa, para decirme que le hurtabas los chorizos y los bollos..., que encentabas las fuentes de arroz con leche..., y que en cierta ocasión le propusiste matar uno de aquellos robustos gatos para comérosle estofado!... ¡En verdad que eres glotón y que nunca te ves harto!

—¡Ah señor!

—Yo pasaba por alto aquellos latrocinios culinarios, diciéndome: «¡Bah!... Es un joven robusto y fuerte... ¿Qué extraño es que le guste comer bien?»

—¡Vuestra reverencia ha sido siempre muy bondadoso conmigo! ¡Si supierais cuántas veces me he acordado de la despensa del convento!

—¡Y, sin embargo, renunciaste á aquellos bienes, que eran también espirituales, por correr aventuras que te han conducido aquí!

—¡Qué queréis, señor! Yo tenía gran apego á mi amo, y á mi amo le dió por mirar mucho los brazos y las piernas desnudas de las muchachas que lavaban en las cercanías...

—¡Visiones pecaminosas!

—¡Es cierto! Luégo mi amo no quiso conformarse con las penitencias que le imponíais...

—Porque ya había soplado en él el demonio.

• —¡Puede ser! ¡Si yo lo hubiera sabido!...; pero

como le profesaba tanto afecto, no tuve inconveniente en seguirle...

—¡Al mundo, donde se pierden tantas almas!

—¡Y tan buenos refectorios!

—¿Sigues siendo tan glotoncillo como antes?

—¿De qué me sirve?... ¡Si supierais cuánta hambre he pasado!

—¡Porque has querido! Las puertas del convento están y estarán siempre abiertas para ti...; y no hablo de tu amo, porque ya tiene una carrera que seguir. Pero tú, que no eres militar, ni tampoco paisano..., tu situación es indefinible.

—¡Cuando llegan estos trances lo reconozco!

—En fin, vamos á lo que me importa. Vengo de ver á tu amo... ¡Pobre chico! ¡Me ha partido el corazón!... Preso aquí...; ¿y por qué?... por una imprudencia que yo me propongo arreglar: al fin y al cabo es mi sobrino.

—¡Un alma de Dios!

—¡Si no fuera tan calaverilla!... Pues diciéndole que venía aquí, me ha encargado que me reveles toda la verdad...

—¿A propósito del diablo?

—No se trata del diablo ahora.

—¡Ah! Pues ¿de qué?

—De lo que pasó en el camino de Hernani con aquel fraile franciscano... Ya sabes, con *mi primo Olavide*... ¡Qué imprudencia, sabiendo que iba á escaparse!

Antonio quedó mudo de estupor como su amo al

saber que se trataba de una cosa muy distinta de la que él creía.

Se les acusaba, por lo visto, de haber favorecido la fuga de Olavide.

Pero las últimas palabras del fraile, por lo imprudentes, le advirtieron el peligro.

Inmediatamente recurrió á su gramática parda, gramática que se aprende en Arévalo y en todos los pueblos del mundo, y de ella tomó su defensa.

Esta consistía en negar.

¿De qué conocía á Olavide, mucho menos yendo disfrazado de fraile?

En esto coincidió con lo que de él pensaba su amo.

Además, entonces vió por primera vez, ó creyó adivinar, que aquel prior se había vuelto muy melifluo hasta el punto de inspirar sospechas.

Muchas veces le había castigado en el convento, dejándole á pan y agua, por refrenar su gula, y cuando le daba en la cara, no golpecitos, sino verdaderos cachetes, era para hacerle daño.

Se le figuró capcioso su lenguaje, lo mismo cuando hablaba de su sobrino.

Recordó que al despedirle del convento lo hizo con frases duras, hablándole del infierno, y no del paraíso, y que hubo en su actitud ademanes que no correspondían á un pariente tan cercano, y menos á un religioso.

Todas estas reflexiones cruzaron por su mente con la rapidez del relámpago, y con esta misma rapidez hizo su composición de lugar.

Así es que replicó en seguida, viendo ya en el fraile un enemigo:

—Pero ¿qué es lo que os ha dicho mi señor?

Y su acento representaba el asombro.

—Me ha hablado de cuando os encontrasteis en tierra de Navarra á don Pablo Olavide, que huía á Francia disfrazado de franciscano, á quien acompañasteis hasta Hernani. Conviene que yo lo sepa, á fin de aconsejaros lo que debéis declarar, y preparar vuestra defensa.

Era imposible que su amo se hubiera confiado con tanta candidez á un religioso tan atrabiliario é intransigente, que se había permitido asistir al *autillo* de Olavide.

—No sé lo que mi amo quiere significar,—dijo.— En efecto, acompañamos algunas jornadas á un religioso, pero yo no puedo asegurar si era Olavide ó no, porque sólo le vi dos veces, y con aquel disfraz no pude reconocerle. Mi señor y él marchaban delante; así es que no pude enterarme de lo que hablaban, ni don Juan me lo dijo, luégo que nos separamos del religioso: hace tiempo que no me habla de su tío para nada; así es que me extraña que vengáis de su parte.

—¡Pues éste sabe más que el otro!—pensó el prior frunciendo el ceño.

Luégo añadió, fingiendo pesadumbre:

—¡Siento no inspirarte la confianza que he inspirado á mi sobrino!

—¡Cómo, señor! ¿Me hacéis la injuria de creer que

dudo de vuestras palabras? Digo que no las comprendo, y esto es todo; no niego el hecho: pudo haber sido muy bien don Pablo Olavide aquel falso religioso, pero ni le conocí, ni mi señor me habló de él.

Fray Bernardo llegó á dudar de la veracidad de la denuncia.

Pero había en ella tal copia de detalles, que la duda era imposible.

Más bien achacó lo que pasaba á malicia del amo y del escudero, por más que no se habían visto desde antes de entrar en la prisión.

Entonces, siguiendo en el mismo tono quejumbroso adoptado últimamente, prosiguió:

—Siento que con tu negativa hagas ineficaces mis buenos propósitos y que comprometas á tu amo.

—¡Pero, señor, si no sé nada!

—Si fuera verdad lo que dices, ¿me hubiera hablado mi sobrino de ti?

—Pues siendo verdad, él debe tener más detalles que yo: por lo tanto, es inútil interrogarme.

—Lo dicho,—exclamó el prior:—¡son dos tunos redomados!

—¡Creed que yo no sé nada!

—¡Y que nada puedo emprender por vosotros!

—La verdad no es más que una.

—Ciertamente; creo que me la ocultas...; pero te advierto que la Inquisición tiene medios de arrancarla de los pechos más obstinados.

—¿Qué queréis decir?

—Me refiero al tormento.

—¡Gran Dios! —exclamó juntando las manos Antonio, que por primera vez pensaba en él.

—¿Sabes, desdichado, lo que es el tormento?

—Algo he oído hablar en mi pueblo cuando era pequeño... Un hacinamiento, una amalgama de hierro, madera y cáñamo amasado con fuego y agua, con lo cual hacen con un cristiano lo que los carniceros con las reses.

—Pues eso es lo que se aplica á los que no quieren confesar la verdad..., á los que, como tú, niegan.

—¿Y creéis que nos sujetén á tan bárbaro procedimiento?

—A tu señor no, puesto que ya ha confesado.

—¿Y á mí?

—A ti te aplicarán el tormento, y que, declares ó no, te ahorcarán después, porque un reo que se hace merecedor de esa pena, es tenido por contumaz.

—¿Y si confiesa?—preguntó Antonio, que iba ya á caer en el lazo.

—¡Ah! Entonces no.

Fué tal la alegría con que el fraile, creyéndose vencedor, pronunció estas palabras, que se vendió, confirmando á Antonio en lo que antes había pensado de él.

—¡Vamos, habla! —exclamó fray Bernardo con mal disimulada impaciencia.

—¡Pero si ya he confesado la verdad!

—¡Está bien! -- dijo el prior, levantándose y apartan-

do la careta de mansedumbre que ocultaba la dureza de su rostro. - Queriendo salvaros, os perdéis... Nada puedo hacer por vosotros...; pero tu situación es aún peor que la de tu amo. A mi sobrino se le castigará, imponiéndole una leve penitencia, porque sobre haber confesado lo que hizo en Navarra, le abonan los lazos de parentesco; pero tú... ¡infeliz!

Antonio lanzó un gemido: el jerónimo prosiguió:

—¡Tú eres más digno de lástima! Después del calabozo, el tormento...; luégo, la horca...; luégo, el fuego eterno...

—¡El fuego eterno también!

—Que consume eternamente las almas de los que ocultan la verdad á los ministros de Dios, encargados de esclarecerla.

—¡Padre mío!

—¡Réprobo!

—¡Reverendísimo señor!

—¡Calla, impío!...

—Pero si yo...

—O si has de hablar, que sea para confesarme...

—¡Lo he dicho todo!..., ¡todo!...

—¡Maldiga Dios la hora en que penetraste en el hospitalario convento!...

—¡Oh, qué horror!

Y fray Bernardo salió airado del calabozo, cerrando la puerta con ímpetu.

El pobre Antonio cayó sobre la tarima que le servía de cama en un estado bien fácil de comprender.

—¡El tormento!—exclamaba, cubriéndose los ojos con ambas manos.—¡La horca! ¡El fuego eterno!... ¡Pues van á ponerme bueno!

Después pensó en lo comprometido de su situación.

No comprendía que se acriminase á un sobrino que favorece un poco la fuga de su tío.

Pero aun siendo esto así, cada vez tenía más por imposible que su amo se hubiese franqueado con el jerónimo, sabiendo quién era y cómo las gastaba.

En medio de su duda decía:

—Si yo, que tengo menos talento que mi señor, he olido el poste, ¿cómo es que él no lo ha adivinado? ¡No, es imposible!

Pero al mismo tiempo pensaba que en este último caso serían los dos reducidos á cuestión de tormento, puesto que, según afirmó el jerónimo, se consideraba á los reos como contumaces.

Antonio no entendía bien esta palabra; pero se le antojaba que *contumaz* quería significar más reos que otros que ya lo eran.

¡El tormento!... ¡Qué horror!

Habia oído descripciones trémebundas del potro, del borceguí, del agua y del fuego.

Creía que él no podría resistir su vista, y que confesaría la verdad á la menor rozadura de cuerdas.

Esto era lo mejor.

¿Qué habían de hacerles por eso? ¿Sobre todo á él? Si su amo le mandaba una cosa, no tenía más remedio que obedecer.

Él podía decir que estaba ignorante de que se trataba de una evasión, y que nunca presumió que había delito en que un sobrino favoreciese la vida de su tío.

A medida que avanzaba el tiempo, el estado del pobre mozo iba siendo más lamentable.

Acordábase de su niñez pasada en Arévalo, donde no había para él más tormento que el del hambre, y exclamaba:

—¿Por qué saldría yo de allí?

Luégo representábasele en su mente la despensa del convento, tan bien surtida de cuanto Dios crió, y se lamentaba de haber abandonado aquello por seguir á su amo.

Juan era para él su sombra negra, su perdición.

En el momento en que iba á maldecirle, se abrió la puerta, penetrando en el calabozo Juan de Zúñiga.

Iba tarareando una marcha guerrera, como si fuese el hombre más feliz del mundo.

Antonio no pudo menos de retroceder, creyendo de buena fe que se había vuelto loco.





CAPITULO V

Reunidos de nuevo.



QUELLA entrada obedecía á haber mudado de táctica por segunda vez el reverendo jerónimo.

Quería que los dos prisioneros estuvieran juntos, no por humanidad, no por dulcificar su suerte, sino por la idea de satisfacer su amor propio.

El calabozo que ocupaba Antonio tenía *escuchas*, es decir, unos agujeros disimulados en el muro, que comunicando con los de la derecha é izquierda, permitía que desde éstos se oyese cuanto pasaba en aquél.

De este modo quería probar á los familiares endu-

recidos en el oficio, aquel nuevo familiar, que un buen juez no necesita el tormento para nada.

El método era ya algo antiguo, puesto que antes de nacer fray Bernardo le habían usado otros inquisidores más hábiles que él.

A veces daba resultados, y á veces no los daba, según la malicia del reo, ó el oído del esbirro que escuchaba.

Pero juez en aquella causa, se obedecían sin vacilar sus decisiones.

Por eso los dos jóvenes, amo y criado, estaban juntos.

A lo menos iban á disfrutar aquel placer por espacio de algunas horas.

Cuando Antonio se apercibió de quien era el recién llegado, lanzó una exclamación de alegría, y eso que, según dijimos, estaba para maldecirle en aquel momento.

El fiel criado le abrió los brazos; él se dejó abrazar, y aun correspondió á aquella muestra de aprecio.

No hay como una prisión para nivelar todas las condiciones y dar al traste con la etiqueta y el respeto que inspiran las jerarquías.

—¡Querido señor! —exclamó Antonio.—¡Vos aquí!

—¿Y eso te admira? No hay por qué: á la Inquisición viene todo el mundo.

—¡Lo malo es que hayamos venido nosotros!

—Tienes razón, pero ya nos iremos, es decir, ya nos echarán fuera.

—He observado que venfais cantando: ¿acaso sois portador de alguna buena noticia?

—Ya sabes que es mi costumbre en las situaciones difíciles; por lo demás, no sé nada ni de bueno ni de malo.

—¡Pardiez! ¡No comprendo que se cante en la Inquisición no siendo esbirro!—exclamó Antonio con mal humor.

—Pues ¿qué quieres que haga? ¿No debe bastarnos nuestra inocencia para estar tranquilos?

Estas palabras las pronunció Zúñiga en un tono tan alto, que aun cuando su criado fuese sordo, le hubiera oído perfectamente.

Pero Antonio no se hizo cargo de esta circunstancia, y sólo atendió á su sentido.

—¡Nuestra inocencia!—exclamó lleno de admiración, quedándolo aún más al ver que su amo le hacía señas para que callase.

Aquél volvió la cabeza y registró el calabozo en todas direcciones, como sospechando que hubiese en él una tercera persona, aun cuando le constaba lo contrario.

Zúñiga avanzó hacia él, y posando sus labios sobre la oreja izquierda de su criado, le dijo con voz muy baja:

—Conviene disimular... Estamos espiados, y nos escuchan.

Antonio se estremeció, y volvió á mirar de nuevo á su alrededor, pero con espanto.

—¡No hay nadie! —dijo, creyendo que su amo soñaba.

—¡Imbécil! ¿No adivinas que este calabozo tiene comunicación con los de al lado?

—¡Ah!...

En efecto, la Inquisición las gastaba así; por eso llevaba aquel nombre: *inquiría* por cuantos medios estaban á su alcance, aun siendo reprobados.

Es decir, aquel tribunal no creía que era ilícito ninguno, con tal de que le condujese á un resultado práctico.

Zúñiga sabía algo de esto, y por el doble papel que había hecho su tío con él y con su criado, dedujo que al ponerlos juntos en un mismo calabozo, se trataba de sorprender escuchando alguna confianza íntima entre los dos.

Por eso fué el hablar en voz alta de su inocencia, recomendando á Antonio en voz baja que no se deslizase en lo más mínimo.

En efecto, su tío fray Bernardo había recurrido á ese medio, que no desdecía de un familiar del Santo Oficio, pero que era bastante vil tratándose del prior de una comunidad.

Él mismo había ocupado uno de los calabozos del piso superior.

En el techo del que ocupaban su sobrino y Antonio había un rosetón cubierto con un papel muy delgado, que permitía oír cuanto se hablaba.

Desde abajo era imposible adivinar nada.

Pero el buen prior ignoraba que su sobrino estaba al tanto de todo lo que pudiera pasar.

Así es que entró en el calabozo superior, llamado *escucha*, frotándose las manos con satisfacción por haber concebido un pensamiento del que lo esperaba todo; pero no tardó en salir de allí corrido, como un cazador entrampado por un conejo.

Una vez puestos de acuerdo amo y criado, medió entre ellos la siguiente conversación, aun cuando ignoraban que era el reverendo el que había robado su infame puesto á los esbirros.

—Indudablemente,—decía Zúñiga alzando la voz,— el tribunal ha sido mal informado, y yo estaba muy lejos de presumir, al encaminar á aquel pobre religioso franciscano, que iba á achacárseme á delito.

—¡Es verdad!—contestaba el taimado Antonio.—De lo cual se deduce que estamos en unos tiempos tan miserables, que es pecado hacer un favor, aun cuando se trate de un religioso.

—De todas maneras, algo hay de verdad en el hecho.

—¡Cómo! ¿Que nosotros hemos acompañado á vuestro tío don Pablo Olavide?

—No, porque hartó sabes que eso no es cierto.

—Entonces, ¿qué verdad ha de haber en el hecho?

—Una coincidencia extraña.

—Veamos.

—Mientras nosotros hacíamos esa obra de caridad camino de Hernani, mi tío, bajo un disfraz idéntico, huía por aquellos mismos sitios.

—¡Oh! ¡Maldita casualidad!

—La única que podía favorecernos con su declaración era la Capitana; ella diría que...

—No prosigáis, señor. Para eso era preciso que esa mujer se entregase, consintiendo en ser ahorcada por hacernos un favor.

—¡Lo cual es imposible!

—¡Pardiez! ¡Lo creo! Esa mujer no se entregaría ni aun por salvar la vida á un emperador...; mucho menos tratándose de un oficial de guardias y de su criado.

A esto se redujo la conversación de ambos en aquella mañana, interpolada con algunos elogios al jerónimo, quien ahogaba los sentimientos que debían despertar en él los lazos del parentesco, tratándose de sobrino *tan amado, tan indigno de serlo*, en quien sospechaba que podía haber contribuído á la fuga de un hereje, sobre quien había recaído sentencia del tribunal.

Fray Bernardo salió de su observatorio, mohino y cabizbajo, como hemos dicho.

¿Estaba su sobrino en antecedentes de que era espiado? ¿Lo ignoraba?

En el primer caso, era inútil todo cuanto hiciese por sorprenderle; del segundo resultaba su inocencia.

La delación era explícita, y estaba confirmada por la fuga de Olavide.

El conde de la Estrella aparecía como autor; y aunque no la firmaba, la opinión pública le señalaba con el dedo.

Y el conde debía estar bien informado, puesto que á la sazón viajaba por el mismo territorio que seguía Olavide.

Era ya demasiada coincidencia que vistiese hábito de San Francisco, y que fuese acompañado por dos personas cuyas señas convenían con las de su sobrino y Antonio.

Al salir del calabozo el prior estaba perfectamente convencido de que Juan se había comido la partida, como vulgarmente se dice, esto es, de que sabía que era espiado.

Por lo tanto, pensaba en el tormento como único agente que debía ponerle en autos de verdad.

¡Pero el tormento tratándose de su sobrino carnal! Pues bien, sí: ya lo hemos dicho antes de ahora.

Fray Bernardo era fanático, y en asuntos de religión hubiera dado tormento á su mismo padre.

Además, su amor propio estaba interesado: como familiar del Santo Oficio, se había hecho cargo de aquella causa, y no había más remedio que sacar todo el partido posible de las dos únicas personas que aparecían como reos.

Detras de él aparecían en la sombra los dominicos, que era la orden que más se mezclaba en asuntos

de Inquisición, los que ejercían el monopolio del tormento, los que trabajaban *pro domo sua*, como generalmente se dice.

Los dominicos le espiaban en la sombra, le señalaban con el dedo, acaso se reían de él...

¡Oh! ¡Qué vergüenza se desprendía de aquellas carcajadas para el pobre jerónimo!

No hay cosa más terrible que el amor propio de un fraile.

El prior estaba en el caso de dar tormento á medio Madrid, sin parar mientes en que uno de los *agraciados* fuese su sobrino.

Aquella noche el pobre Antonio durmió relativamente tranquilo, puesto que además de las ratas le acompañaba su amo.

Muy cerca uno de otro para no ser oídos, aunque era ya precaución inútil, y hablando en voz sumamente baja, mantenía el siguiente diálogo:

—¿Por qué estás tan inquieto, imbécil? —le decía su amo. —El aire de tus suspiros va á ser causa de que coja una pulmonía.

—¡Ay, señor! Suspirar es lo menos que puedo hacer. Dejad que desahogue la angustia de mi pecho.

—¡Angustia! ¿Y por qué? ¿No me ves á mí?

—¡A la verdad que envidio vuestra tranquilidad! ¡No hay pena que haga mella en vos! Y nadie que os viera diría que estabais próximo á sufrir el tormento.

Zúñiga soltó una carcajada, exclamando:

—¡El tormento yo! ¡Estás loco!

—Confíais en vuestro tío, y hacéis mal. Fray Bernardo tiene que tomar la revancha de vuestra huída del convento... Y el hombre que hace algunos años os impuso el cilicio por penitencia, tratándose de una falta leve, cual era recrearos en las formas de una lavandera que no las tenía malas, no vacilará ahora en aplicaros el potro.

—Todo eso sería muy bueno si yo no contase con un protector que puede más que mi tío.

—¿Pensáis aún en el diablo?

—¡Más que nunca! ¿Me ha negado alguna vez su protección?

—¡Qué queréis que os diga!... No me fío del todo. Debía empezar por ahorrarnos estos sustos... Ese sería el verdadero modo de protegeros.

—Pero ¿no comprendes que ha de resaltar más su ayuda cuanto mayor sea el peligro?

—Lo que comprendo es que la Inquisición anula su poder..., y que no puede llegar hasta aquí.

—¡Cómo!

—Muy sencillo, señor. ¿No está condenando la Inquisición todos los días como hechiceros á muchos que tienen pacto con él? Y ¿qué sucede? Que los quema bonitamente, sin que el diablo diga: «Esta boca es mía, ni esta alma me pertenece.»

Juan se rascó la oreja: aquélla era una razón de peso que no tenía réplica.

Sin embargo, contestó:

—Digas lo que digas, no podrás convencerme de

que el diablo me deja aquí á disposición de mi tío.

—Pues ya tarda, si ha de hacer algo por vos.

—Es tal la fe que tengo en su protección, que aun estando en el tormento me verías reirme de mis verdugos.

—¡Lo creo, señor! No he olvidado que esta mañana habéis entrado aquí cantando.

—En fin, durmamos.

Algunos minutos después se oía en el calabozo la respiración lenta, acompasada y tranquila de Juan Zúñiga.

Antonio no pudo imitarle en toda la noche, que se la pasó suspirando.

Había una razón para ello. El pacto con el diablo era enteramente personal, y sólo se refería á su amo, que era el que podía dormir á pierna suelta.





CAPITULO VI

¡Cuánto has tardado, imbécil!



MANECIÓ el siguiente día, por más que en aquel sitio reinase aún la oscuridad de la noche.

La luz penetra lo más tarde posible en los calabozos, como si se retrasase á intento por temor de decir al reo que cuenta un día menos.

Así es que cuando se abrió la puerta de la prisión, y Antonio recibió de un esbirro la orden de seguirle, no pudo menos de exclamar:

—¡Ni aun espera la salida del sol esta gente!

No obstante, al atravesar el patio vió la luz, quedando convencido de su error.

Antes de salir fuera echó una ojeada sobre su amo, que reposaba tranquilo en su tarima de madera, como sobre un lecho de plumas.

No quiso turbar aquel sueño feliz, contentándose con envidiarle.

—Dejémosle que duerma como un bienaventurado, —se dijo. — ¡A lo menos le ahorro algunos instantes de dolor!

Durante su travesía por pasadizos y escaleras, dirigió algunas preguntas á uno de sus guardias sobre el objeto de su matutina salida.

Pero aquél no dió la más leve señal de oírle, haciendo pensar á Antonio en la posibilidad de que fuese sordo.

Por último, fué introducido en un gran salón, cuyo aspecto le hizo estremecer.

Era el del tormento.

Por todas partes se veían instrumentos de tortura, máquinas complicadas, cuerdas, volantes y travesaños, cuyo uso desconocía, pero no hasta el punto de que no le hicieran estremecer, como se estremece uno en un camino solitario ante una persona de mal aspecto.

El infeliz hubiera dado cualquier cosa por estar en aquel instante á pan y agua en el monasterio de San Jerónimo, por más que el cilicio amenazase sus carnes.

Aquello era tortas y pan pintado con lo que le esperaba.

Porque, según él creía, pensando con lógica, no le habrían llevado allí para darle rosquillas.

En uno de los testers de aquel lúgubre salón estaba el prior de San Jerónimo, acompañado de un escribano y otra persona cuyas funciones desconocía.

Era el médico á quien tocaba de turno para poner el *veto* al brazo de la ley, cuando no convenía que se adelantase el de la muerte sobre la víctima.

En el extremo opuesto, perdidos en la sombra, y sobre un lío de cuerdas de cáñamo, rumiaban tres sayones en el mayor silencio un desayuno que á Antonio se le figuró procedente de alguna de las calderas del infierno.

En aquellas latitudes todo tenía un aspecto sombrío, como si se hiciera adrede para amedrentar á la víctima.

Nadie creería que en aquel sitio y delante de tan asquerosos instrumentos se pudiera comer.

Antonio fué conducido á la presencia de fray Bernardo.

Sus hábitos blancos parecían manchados de sangre. El jerónimo estaba grave como los pensamientos del reo.

Había desaparecido de su rostro aquel aire de gato complaciente con el que pretende tranquilizar á los ratones, de que había hecho uso con él el día anterior.

Debía estar dispuesto á todo.

En efecto, era así.

Sólo que fray Bernardo guardaba una consideración tácita á su sobrino.

Quería ver si declarando su criado, podía ahorrarle el tormento.

Antonio pensaba precisamente lo contrario, diciéndose que en todos los actos de la vida el amo debe ir delante del servidor.

Pero sin duda la Inquisición lo estimaba de otro modo.

El pobre mozo hubiera querido en aquel crítico momento ser sobrino del reverendo prior.

Nunca llueve á gusto de todos.

El jerónimo abrió los labios causándole un verdadero estremecimiento con estas palabras:

—Por todo lo que te rodea debes comprender á lo que eres aquí conducido.

Y el religioso señalaba á todos los instrumentos de tortura.

Antonio exhaló un profundo suspiro, que, traducido al castellano, quería decir:

«¡Sé que lo que se pretende de mí es reducirme á picadillo!»

Y no debía presumir otra cosa, recordando que el día antes le había hablado del tormento en este mundo, y del fuego eterno en el otro, ni más ni menos que pudiera haberlo hecho un dominico, pues los individuos de esa religión debían tener espías en el infierno, según lo bien informados que estaban de cuanto pasaba en sus profundidades.

El jerónimo volvió á hacer uso de la palabra en estos términos:

—Puedes ahorrarte los dolores que te esperan, confesando la verdad de todo lo que ha pasado en el camino de Hernani.

Aquella proposición era tentadora, y tal vez Antonio lo hubiera hecho así.

Pero acordóse de que comprometía á su amo; además, abrigaba una esperanza.

La de que el prior sólo trataba de amedrentarle para hacerle hablar.

No comprendía que usara de tanto rigor con él un hombre á quien había oído hablar tanto en el monasterio de la caridad cristiana.

Y no era muy caritativo que digamos el atormentar su cuerpo, sobre todo cuando se trataba de un hecho que, á su juicio, no constituía un crimen.

Por lo tanto, se refirió á lo que ya había dicho el día anterior, asegurando, esto lo hizo el miedo, que bien podía ser Olavide aquel padre franciscano; pero que él no le conoció con el hábito, ni se enteró de lo que hablaban su amo y él, á causa de caminar él detrás, á la distancia que exige el respeto.

—Pero según tengo entendido,—repuso el religioso,—tu amo no guarda secretos para ti.

—Me honra, en efecto, con su confianza, cuando se trata de asuntos que no alcanzan á un tercero; además, en el caso presente, y conociendo mi discreción, creo que me hubiera revelado que se trataba de

su tío don Pablo; no lo hizo así: luego no se trataba de él, ó pensó otra cosa.

Hubo un momento de pausa que el prior empleó en reflexionar tal vez.

En cuanto al escribano, con muy poca reverencia hacia el familiar, tecleaba con los dedos sobre el negro tapete de la mesa, como quien dice: «Estamos perdiendo un tiempo precioso.»

En cuanto al pobre mozo, tendió sin querer una mirada por el salón.

Se le figuraba que todos aquellos horribles objetos que pendían de las paredes, y ocupaban el pavimento, se movían á impulso de un soplo de labios invisibles, y tomaban las formas de monstruos espantosos que abrían sus fauces para devorar los miembros de cuantos tuviesen la mala suerte de entrar en aquel antro, empujados por lo que el Santo Oficio denominaba *justicia*.

Por fin el prior rompió aquel silencio enojoso, que en nada tranquilizaba el ánimo, y dirigiéndose á Antonio, le habló así:

—Veo que por el camino que tomas persistes en la perdición de tu cuerpo, procurándote en seguida la del alma.

Estas palabras eran muy graves.

Procurarse la perdición del alma cuando uno está sano y bueno, es muy mala señal, mucho más cuando padece persecución por la justicia.

Antonio exhaló otro suspiro: había perdido ya la

cuenta, añadiendo luégo con voz de órgano desafiado:

—Pero ¿qué quiere vuestra merced que yo haga?

—¿No te lo he dicho? Confesar la verdad... Así te ahorrarás la tortura, y á nosotros el espectáculo de ver tus gestos.

Estas últimas palabras no eran muy cristianas para un sacerdote, sobre todo por el tono con que fueron pronunciadas.

En efecto, parecía tratarse de evitar un espectáculo fastidioso, más bien que de impedir los dolores del reo.

Este, como si adoptase una resolución repentina y enérgica, exclamó, apretando los puños:

—¡Qué empeño en que diga lo que no sé!

—El tormento te hará más comunicativo.

Esto pareció ser una señal.

Los que almorzaban se levantaron; uno de ellos avanzó á una regular distancia de la mesa, y se detuvo, como esperando órdenes.

—Emplead el agua, —dijo el prior.—Recuerdo que cuando este mozo estaba en el convento, la hacía ascos. Esto le enseñará que es mejor servir á los frailes de San Jerónimo que á los oficiales de guardias.

Los esbirros se apoderaron de Antonio, empezando á desnudarle.

El infeliz, poco práctico en aquellos ejercicios, creyó que se trataba de un baño, y pensó:—«No estando el agua demasiado fría ó demasiado caliente, no veo la crueldad de este tormento.»

Sin embargo, al ver que le despojaban de medio cuerpo arriba, sospechó que el baño fuese parcial, introduciéndole por la cabeza.

Esto complicaba algo la situación, no teniendo los órganos respiratorios en los pies.

Su inquietud aumentó, cuando le sentaron en el sillón fatal, atándole fuertemente.

Vió un embudo, dos grandes cubos y varias jarras llenas de agua.

Entonces, todo apareció claro á sus ojos: se trataba de hacerle beber á la fuerza.

Al aplicar el embudo á sus labios, exhaló un grito, exclamando luégo:

—No, no... ¡Yo hablaré!

—¡Loado sea Dios!—exclamó el jerónimo, sonriéndose con beatitud.

Y se levantó seguido del escribano, que debía extender la confesión del reo.

En aquel momento apareció un portero, entregando al prior un pliego abultado, en cuyo sobre se veían las armas del Santo Oficio: llevaba además el carácter de urgente.

Antonio miraba á todos lados; tal vez tenía miedo de que apareciese su amo, reprochándole su cobardía.

Sus miradas se fijaron en el fraile, que á medida que avanzaba en la lectura del pliego, iba perdiendo el color.

Cuando llegó al fin exhaló un suspiro: en seguida entregó el papel al escribano, quien le leyó á su vez,

manifestando la misma profunda emoción que se retrató en el jerónimo.

Después se cruzó entre ambos el siguiente diálogo:

—¡El rey lo manda!—dijo el escribano encogiéndose de hombros.

—¿Creéis que esto hace honor á la corona?

—Sólo creo que es preciso obedecer.

—Es verdad; pero la religión... ¡Oh! ¡ya no estamos en aquellos *felices* tiempo del gran Felipe II, en que la carne humana se quemaba en montón para la salud de las almas!... Ese decreto es un aluvión de agua vertida sobre las hogueras del Santo Oficio, que no tardarán en apagarse...

—¡Es verdad!... pero el rey lo manda.

—Obedezcamos.

Y dirigiéndose á los esbirros que custodiaban á Antonio, les dijo:

—Soltadle.

El pobre mozo no se regocijó gran cosa, pensando en que sólo se trataba de un aplazamiento.

Harto sabía que la Inquisición no solía renunciar á su presa.

Pero su asombro rayó en lo imposible cuando oyó que el jerónimo prosiguió, aunque con pena:

—¡Vete..., estás libre!

Los esbirros se miraron también unos á otros: Antonio, dando con el pie en el suelo, exclamó, dirigiendo al fraile una mirada dura:

—¡La chanza es pesada!

—¡Vete!—repuso aquél, volviéndole la espalda.

—Pero... ¿es verdad?

El jerónimo ya no le escuchaba: salía del salón.

Entonces Antonio dió dos pasos hacia adelante, se detuvo, y volvió la cabeza.

Los sayones seguían en su puesto, sin pensar en detenerle.

El infeliz debió sentir en las rodillas algo como un muelle, que le impulsaba, y echó á correr.

No sabía adónde iba, pero tampoco tuvo que preguntar.

Su instinto le condujo hasta la puerta de la calle, donde le esperaba su amo, silbando tranquilamente.

Al verle, exclamó:

—¡Cuánto has tardado, imbécil!

En seguida amo y criado tomaron el camino de su casa.





CAPITULO VII

El rey lo manda.



o que acababa de pasar era un triunfo que las doctrinas que se iban desarrollando poco á poco en aquel feliz reinado alcanzaban sobre la Inquisición.

Indicaba dos cosas: el estado de los ánimos y los vuelos que había ido adquiriendo el Santo Oficio, cuyo tribunal, separándose del fin para que fué instituído, conocía ya de asuntos enteramente civiles, que no se rozaban para nada en cuestiones de fe.

El terreno estaba bien preparado, y de este recurso habían echado mano las personas que se interesaban por la suerte del joven oficial.